



VISTA PANORAMICA DE ALMODOVAR DEL CAMPO

perdido». Consecuencias del continuo trabajo, penitencias y sacrificios, más poderosos que su fortaleza física.

Una paciencia extraordinaria —la misma que demostró en toda su existencia— le ayudaría a sobrellevar tan agudos dolores. A este propósito cuentan sus biógrafos que, cuando el mal era más penoso, solía decir:

—«¡Señor, más dolor y más paciencia!».

Y otra vez que el dolor debía ser inaguantable, exclamó devotamente:

—Señor, habéos conmigo como el herrero: tenedme con una mano y con la otra dadme con el martillo.

Y así llegó el 10 de mayo de 1569.

Tres días antes se exacerbaron sus males de tal manera, que el P. Villarás, muy alarmado, le preguntó: ¿Siente vuestra merced que nuestro Señor le quiere llevar para sí?, a lo que contestó negativamente.

Pero al día siguiente, el «físico» le encontró en tan mal estado que recomendó al P. Villarás recibiese su testamento, respondiéndole: «No tiene de qué hacerlo, porque como siempre ha vivido pobre, así muere pobre». Y dirigiéndose el médico al enfermo, habló de esta manera:

—Señor, ahora es tiempo en que los amigos han de decir las verdades. Vuestra merced se está muriendo: haga lo que es menester para la partida.

Y el Venerable pidió la confesión, añadiendo:

—«Quisiera tener un poco más de tiempo para prepararme mejor».

En la misma habitación celebró el P. Villarás la misa y al acercarse al lecho para darle el santo Viático, exclamó con superior anhelo:

—«¡Denme, denme a mi Señor!».

Unas frases más que entresacamos del detallado capítulo que Fray Luis de Granada dedica a la santa muerte del Maestro, nos demuestran el elevado espíritu y la humildad con que se preparaba para su última jornada.

Al preguntarle la marquesa de Priego qué mandaba que hiciese por él después de muerto, le respondió:

—«Misas, señora, misas».

Llegó entonces el P. Rector de la residencia de los Jesuitas de Montilla, en cuya fundación tomara parte muy activa el P. Avila, y dijo al moribundo:

—Muchas consolaciones tendrá ahora vuestra reverencia de Ntro. Señor.

—«Muchos temores por mis pecados»— contestó el Venerable.

Aumentáronle luego los dolores e invocaba continuamente, pero ya con voz muy débil, los nombres de Jesús y María.

Y en la madrugada del día 10 entregó su espíritu, «pasando de la paz y sosiego de la gracia a la que recibiría luego en la Gloria, junto con la corona merecida con tantos trabajos y tanto fruto en las almas de los fieles».

F. P. F.